

# THE DOG IN THE CORNER OF THE PAINTING

(Gabriel Pericàs)

I



« A menudo pienso que los autores de canciones, pero bueno da lo mismo, podrían ser los novelistas o los pintores, eso da lo mismo; en realidad no se inventan nada sino que recogen cosas que hay en el ambiente. Esas que, cuando las oyen formuladas dicen: “Eso es lo que yo pensaba”.

Entonces iba en el metro y digo: “Voy a detectar...”. Y de pronto digo: “Están todos pensando en Piero Della Francesca”.

Bueno para mí era inesperado. Y de pronto me da cuenta, digo: “claro, claro...”.

Porque se les veía serios, un poco amargadillos de tener que ir en el metro. Pero claro, ellos dirían: “Es que todos estos placeres, por ejemplo el metro, es tan efímero... En cambio, la geometría; eso es para siempre”.

Lo digo porque Piero, todo el mundo sabe que era pintor y tal, pero en realidad era más geómetra que pintor. Piero era de esos que veía un triángulo (isósceles, o no) y se quedaba turulado diciendo: “O sea que los ángulos suman 180 grados, qué estupendo...”

Y eso le daba para muchísimo más porque claro, pintar; pues se iba la luz y ya no podía pintar, porque no había eléctrica. Y en cambio con su triángulo por las noches...

Bueno pues esta canción intenta resumir un poco todo eso. »

Esta cita es un fragmento de la introducción que hace un cantautor español llamado Javier Krahe para presentar su canción *Piero della Francesca* en un concierto que después se editaría como CD .



Como sabéis, la circunferencia, además de ser una forma geométrica –aunque de fastidiosa equidistancia de infinitud de puntos al mismo centro– de estupenda sencillez, es también una estructura conceptual; una estrategia narrativa.

A modo de introducción, citaré un párrafo de un texto de Joana Hurtado que se publicó en el librito que acompañó la exposición *A títol pròpi* y que hace un comentario pertinente a propósito de este tema. Además es una referencia explícita a un vídeo mío que protagonizará gran parte del relato que contaré a continuación, titulado *Trabajar o Caballo describiendo un círculo*, y que consiste en una grabación en bucle de un caballo galopando en círculos.



« En Trabajar..., hay todo lo que implica dar vueltas, entendiendo la vuelta como obsesión, eso que vuelve insistente; tautología, la repetición muy a menudo innecesaria y, a la vez, como evasión, eso que se desvía; rodeo, nunca mejor dicho, o incluso tergiversación; eso que de tanto tocarlo termina corrompiéndose.»

## II



Esta imagen es una fotografía de un póster de un cuadro de Leonardo da Vinci titulado *La Adoración de los Magos*.

La fotografía la tomé en el taller de mi amigo Ignacio Sierra, que es pintor y un fanático de Leonardo da Vinci. El póster se lo había traído de un viaje a Florencia unos años atrás, después de haberme explicado su tan interesante como sospechosa fascinación por esta pintura que tenía que ver con el morbo de conocer lo que él llamaba 'los secretos del maestro' –que no es otra cosa que el 'cómo se hizo'. Es importante apuntar que *La Adoración de los Magos* es un cuadro inacabado. Y es en ese estar inacabado donde mi amigo situaba el interés. Pues así podía entrever los trucos de la factura del pintor, a saber, las líneas compositivas que todavía no habían sido tapadas por la pintura, el trabajo por veladuras transparentes... Y demás confidencias del procedimiento pictórico de Leonardo, que apaciguan a los fans resolviendo algunos de los interrogantes de su maestría renacentista. Claro, son datos que necesariamente están ahí pero que, en su irrelevancia, no se manifiestan como parte del discurso primero de una obra de arte, sino como parte de un proceso más o menos anodino o de cualquier otra cosa.

## III

Mi madre fue miembro del APA (Asociación de Padres de Alumnos, que después pasó a llamarse AMPA, Asociación de Madres y Padres de Alumnos) en mi colegio cuando yo tenía 8 años o así. Un día tuve que acompañar a mi madre a realizar un trámite para la asociación en un club hípico que hay muy cerca de la casa donde vivíamos, en un pueblo de Mallorca. La misión de mi madre era reclutar a un joven para que, montado a caballo, disfrazado de paje y con un buzón, viniese al patio de mi colegio el último día de clase antes de las vacaciones navideñas a recoger las cartas que mis amiguitos y yo habíamos escrito a los Reyes Magos.

Al margen de someter a juicio si es apropiado que un niño de ocho años acuda a una reunión de esa índole –que inevitablemente destapa cierta parte ficticia de la fábula navideña–, por algún tipo de descuido o coincidencia imprevista, yo también me reuní con el responsable de la hípica, el cual me sedujo para que empezase a

tomar clases de equitación. Al día siguiente me subí por primera vez a un caballo:



Pero lo contaba, sobre todo, para acentuar la casualidad, el azar, como un poderoso detonante de historias. Esta vez desencadenó un relato que narra mi progreso hípico, del cual cabe decir que estoy bastante orgulloso, y que quiero entender, aún sin demasiada sobriedad, como una suerte de evolución hacia una actitud de compromiso con un animal y con un deporte que me acompañaron durante diez años de mi vida.



Esta imagen está tomada un año después, el día de mi primer concurso de salto de obstáculos con una pony llamada Luna Veintidós.



Aquí se introduce una historia un tanto paralela. El chico del chaleco de cuadros soy yo y estoy abrazando a una amiga mía llamada Laura. Esta chica, que tal vez no sale muy bien en la foto pero que, en realidad, es verdaderamente guapa, fue con quien compartí mi trayectoria en el mundo de los caballos. Al final, por una serie de circunstancias a las que me referiré más adelante, nos tuvimos que separar. Aunque nunca fuimos más que amigos, yo siempre he tenido la sospecha de que había una relación de amor latente que podría haber sido muy bonita...



En un momento dado empecé a competir a nivel nacional y me clasifiqué para asistir a una serie de campeonatos de España durante unos años. Los frutos del progresivo incremento de mis habilidades como jinete culminaron en julio de 2002, cuando me proclamé nada menos que campeón de España de mi categoría.



## IV



Aquí hay que apuntar que di un paso bastante grande. Este es el primer caballo que tuve en propiedad. El primer caballo mío. Fue una yegua llamada Sweetheart, que es un nombre muy bonito por otro lado.

Sean Fitsimons, mi profesor de equitación durante esos años, era un tipo irlandés que tenía un contacto en Bélgica que presumía de haber sido campeón olímpico y se dedicaba a la venta de caballos de deporte. Cuando consideramos oportuno adquirir un animal propio, y cuando fue económicamente viable, viajamos a Bruselas donde sabíamos que contábamos con cierta calidad y garantías. Y fue en ese viaje donde me di cuenta del punto de inflexión que suponía el tema, pues la manera de entender el mundo ecuestre de aquellos señores que visitamos difería considerablemente de la que yo tenía hasta la fecha.

Para mi los caballos nunca dejaron de ser un entretenimiento. A pesar de que acudía a mi club hípico a recibir clases casi a diario, también era el lugar donde me reunía con mis amigos –especialmente con Laura– y el lugar al que iba a comer algunos domingos con mis padres y los padres de otros niños. Por su parte los belgas se dedicaban a ello de un modo completamente profesional, rápido, que muy poco tenía que ver con la idea sociabilizante y tranquila de la hípica que tenía yo en aquel momento.

En fin, me di cuenta de que tener un caballo propio implica una gran cantidad de responsabilidades.

Recordad la clásica historia del niño cuyos padres deciden que ya tiene juicio suficiente para comprarle un perrito, sólo que un perrito de 600 Kg. Una adquisición apresurada y forzosa de responsabilidad y sensatez.

La obligación principal consiste en procurar que el caballo, que normalmente vive en un establo, salga a diario a trabajar. No deja de ser curioso que se utilice el verbo trabajar para denominar algo que yo siempre entendí como ocio. Trabajar el caballo significa, básicamente, cumplir unas pautas de entrenamiento que se reflejen en un mejoramiento del rendimiento deportivo en términos de musculación, resistencia, flexibilidad, manejabilidad, etc.



Éste es el segundo caballo que tuve. Es un caballo francés, tiene una historia menos reveladora pero un nombre casualmente significativo; Cyclone. Supongo que lo reconocéis, es el mismo caballo del vídeo inicial, lo que significa que nos estamos acercando al desenlace de la historia.

Habréis notado también que, en la medida que han ido avanzando en el tiempo, las imágenes muestran un incremento en la dificultad de la competición, de modo que entiendo que queda justificada la idea de progreso hípico a la que me refería al principio. Mi padre acostumbra a definir esta idea situando tres estadios básicos en la evolución deportiva de un tándem ecuestre. Sudas tu, sudáis los dos, suda el caballo. Refiriéndose a que según incrementa tu habilidad en el manejo del caballo tu esfuerzo disminuye. Cabe decir que yo alcancé el tercer estadio con una precocidad notable promovida por mi interés, por encima de todo, de no sudar.

## V

A continuación, voy a pegar un fragmento de la biografía literaria del fotógrafo Eadweard Muybridge en la que se explica detalladamente la locomoción de los caballos.

En él se relata como dos señores de la costa oeste americana de mediados del siglo diecinueve, apostaron una cantidad considerable de dinero por un asunto, diremos, hípico. Uno de ellos defendía la existencia de un momento en el avance de los caballos en el que el cuerpo del animal estaba suspendido en el aire. El otro defendía lo contrario, que siempre había una pata del caballo en contacto con el suelo. Los movimientos del equino son tan rápidos, que el ojo humano no alcanza a esclarecer este asunto. Así que contrataron a Muybridge para fotografiar la cosa y resolver el problema.

« The horse's distinct gaits arise from its four-legged layout. Wildhorses normally use only two gaits – the walk and the gallop- but domestic breeding has introduced two more ordinary gaits. The four familiar gaits of the modern domesticated horse are the walk, the trot, the canter, and the gallop.

In a walk each of the horse's feet takes a separate step, one after the other. Like almost all four-legged mammals, the sequence of steps is left hind, left front, right hind, right front. Although these paces are taken in an even way, it wouldn't be possible to wait for the left hind foot to hit the ground before starting to move the next foot, so the animal sways between having three feet and two feet on the ground.

When moving up to a trot, the horse combines diagonally opposite pairs of feet, taking its weight on, say, the right front and left hind legs while it moves the other two into position, then shifting its weight to the left front and right hind legs. For the canter or lope, one of the horse's front legs moves first, followed by the other foreleg and its diagonally opposite rear, then the remaining rear leg, producing a strange three-beat gait that is asymmetrical, depending on which foreleg leads off. Usually either one or two of the feet are on the ground, but in the canter there is an audible pause after the third beat of the hooves, when all feet are away from the ground.

Finally comes the gallop. Here the horse is running full out. It's effectively an extended canter where it's just not possible for the two legs in the middle of the gait to operate together, so the hind leg of the pair touches down just before the foreleg, going back to four beats like a walk (though of course much faster). Again there is a period when all four feet are off the ground, slightly longer than in the canter and hence even more obvious. »

De modo que ganó el que apostó por el momento suspendido. Yo, claro, lo sabía incluso antes de leer la explicación y me consideraba un experto en el tema, tanto que, muchos años después de dejar la hípica por una serie de circunstancias a las que me referiré más adelante, aposté con mi amigo Rasmus Nilausen –natural de Dinamarca donde no pensaba que fuesen propensos al juego– que no había ninguna otra manera de avance de los caballos que no fuesen las descritas más arriba. Él, firmemente y apelando a google, apostó que sí. Perdí yo.



El llamado *tolt* es un movimiento exclusivo de una raza de caballos procedentes de Islandia. Es un aire muy similar al trote puesto que sucede también en dos tiem-

pos, con la particularidad de que, en el *tolt*, las patas se mueven en paralelo. Es decir que la mano y el pié izquierdo avanzan al mismo tiempo y viceversa.

Y aunque este tipo de curiosidades o rarezas son las que al final activan la generación de conocimiento, esta anécdota no creo que sea significativa en absoluto. Además perdí dinero.

## VI



Este rudimentario aparato fotográfico dibuja otro punto de inflexión clave. El día en que me compro mi primera cámara de fotos digital. Como sabéis, la aparición de la fotografía digital supone, además de esa supuesta democratización del tema, una disminución considerable de la sensatez de los usuarios a la hora de tomar fotografías. Así que mi primera cámara supone el primer contacto con la idea del infinito, la posibilidad de disparar instantáneas sin ningún tipo de preocupación ni de sensación de desperdicio pues ya no hay película que se vaya a terminar.

Esto en su momento fue un ataque directo a mi progreso hípico. El día que me compré mi cámara no monté a mi caballo. Existe no obstante, y a esto es muy importante prestar atención, una táctica para los días en los que, por falta de tiempo o por pereza, no montas al caballo; trabajar a la cuerda. Esto consiste en sujetar el caballo con una cuerda larga y dejarlo correr en círculos a tu alrededor. Así que, puesto que tenía la atención centrada en mi inagotable y fascinante nueva cámara, ese día trabajé a Cyclone a la cuerda. Y, para probar los 25 segundos de vídeo digital que prometía mi máquina, grabé a mi caballo dando vueltas.



En el vídeo original, el caballo al final se para. Lo del bucle eterno era mentira. Al final el caballo se cansa y se para.

## VII



Esta imagen es una fotografía de un amigo mío que tiene un remolino en la barba. La barba le dibuja una espiral en su mandíbula. Y por esa extraña obsesión mía con todo lo que da vueltas o lo que es circular, tenía la inofensiva ilusión de difundir un rumor diciendo que eso que tenía mi amigo en la barba era una obra mía. Decir que yo se la había peinado de alguna forma y que eso no era un remolino de barba sino que era una obra de arte. Que la lleva permanentemente pegada en la cara.

## VIII

« *My girlfriend doesn't usually let me play on the computer but this is research.* »

La frase de arriba es una de mis frases favoritas del primer libro en inglés que leí. Aunque mi historia no tiene nada que ver con el libro ni con sus autores, he descontextualizado esta cita por dos razones:

La primera razón es la aparición radical de la pareja del artista como modificadora del proceso creativo.

La segunda razón es la posibilidad, en estos términos, de considerar cualquier actividad frente a una computadora como investigación.

Personalmente, siento una atracción física hacia las mujeres con el pelo largo. Recientemente en una cena con amigos en un piso del barrio de Gracia de Barcelona vi una imagen que me resultó altamente sugerente. Una amiga, de la que semanas después de esto me enamoraría para ser, a renglón seguido y como tantas otras veces, rechazado, sentada en un sofá luciendo el cabello más largo que había visto en mucho tiempo. Tanto que, cuando relajaba la cabeza hacia adelante, enroscado en un tirabuzón muy suave, su pelo reposaba sobre uno de sus hombros desnudos y bajaba, tapando uno de sus pechos, para acabar más abajo de su ombligo, atrapado entre sus piernas. Esta imagen que tan empalagosamente acabo de describir fue el detonante de un trabajo que resolví un mes más tarde. Mi plan era realizar un nudo para unir su cabello y el vello de su pubis.



Un propósito así, que pretendía visualizar la unión entre el intelecto y la sexualidad de un modo palpablemente circular, precisaba un nudo con personalidad suficiente para disuadir de la vehemencia de la anécdota que había fundado la idea.

« *Doctor ties up his claim to fame.* »

Con este desenfadado juego de palabras a modo de titular, el seis de octubre de 1978, el periódico The Times, incluía en su portada el descubrimiento de un nudo nuevo. El médico Edward Hunter se proclamó como autor del último nudo hallado y, para ser recordado por ello, lo nombró con su apellido. El nudo Hunter.



Imaginad el bochorno del doctor Edward cuando meses después se supo que el nudo Hunter, aunque con otro nombre, ya había sido descrito por un experto cabuyero llamado Phil D. Smith en la publicación *Nudos de montañeros* de 1953. Veinticinco años antes.

## IX



Esto es un still de *Berlin Horse*, un hito del *found footage* de los setenta, de Malcolm Le Grice donde aparece un señor dando cuerda a un caballo. Cuando lo descubrí recientemente pensé que cualquiera podría pensar que mi vídeo era un simple *re-enactment* de eso. Tantos años de mi vida dedicados a la equitación habrían servido para nada!

## X

« Escribir, escribimos siempre después de otros, así que escribir sin citar es repetir pero sin saberlo. »

Así es como la recordaba pero en verdad no es exactamente así. Además es la suma de dos citas de autores diferentes. Pero considero que así adquiere un aire de conclusión muy adecuado.



Ya sólo queda pendiente acentuar, después de todo, la anécdota de mi amigo y el póster de Leonardo.

Tras estos sucesos me vi obligado a dejar la equitación cuando me trasladé a Barcelona a estudiar en la facultad de Bellas Artes. Laura y yo nos separamos. Ella se trasladaría a Valencia a estudiar en la facultad de Veterinaria. Este dato será determinante para mi carrera como artista.